

Informaciones

Acontecimientos

Nietzsche junto a la «Plaça del Mercat»

Jornadas de Filosofía sobre Friedrich Nietzsche
Palma de Mallorca, 20-22 de Septiembre de 1994

«Donde la soledad acaba, allí comienza el mercado». Así lo anunciaba Nietzsche por boca de Zaratustra.

Entre los días 20 y 22 del pasado septiembre, las Jornadas de Filosofía celebradas junto a la Plaça del Mercat de Palma de Mallorca y presididas por el profesor Dtor. D. Gabriel Amengual han querido congrega, no a las moscas del mercado denostadas por Nietzsche, a mercaderes de viejas ideas, sino a un nutrido grupo de interesados por un pensamiento que requiere muchos lectores ganosos de rumiarlo en soledad.

La Asociación Filosófica de las Islas Baleares (A.F.I.B.) y el departamento de Filosofía de la Universidad palmesana han propiciado este marco de encuentro, de diálogo polifacético, eso sí, pero resumado en las tres direcciones que marcan la relación del filósofo Nietzsche con la religión, la metafísica y la literatura.

Así, la conferencia inaugural nos fue presentada bajo el título de «Nietzsche y la religión del espíritu» por el profesor Eugenio Trías. No es el filósofo ceñudo y montaraz que ve la religión como expresión del resentimiento contra la vida el que aquí nos presentaba Trías; más bien interesaba dilucidar la aportación del pensador finisecular en relación con la religión. Esta se cifra, según el ponente, en un régimen de novedad que ya preconizaba la tripartición de la historia por Joaquín de Fiore y que podemos llamar *religión del espíritu*. Al amparo del peso que la palabra «espíritu» adquiere en el pensamiento de Nietzsche, Trías sugiere una lectura de «Las tres transformaciones del espíritu» inspirada en las ideas del fraile calabrés. Tales transformaciones representan un proceso teleológico de destilación que apunta a una figura testimonial del futuro: la del *puer aeternus*, que es inocencia, olvido del poder y del deber, resuscitación del Superhombre que se alza de su caída en la tierra. El niño áureo y solar simboliza la Edad del Espíritu como horizonte de llegada u horizonte que va llegando.

El profesor Ferruccio Andolfi, de la Universidad de Parma, centró su discurso sobre «Nietzsche y el individualismo». Frente a la moral kantiana en la que el hombre, liberado del vínculo de la costumbre, se convierte en individuo colectivo al someterse a una legislación universal, Nietzsche quiere reconstruir esa moralidad

que Kant da por supuesta. Por eso se destaca tanto del individualismo liberal-kantiano cuanto de su análogo, el socialismo. Pero no por ello queda abandonado al acaso el sentido de la acción moral. El yo o sujeto permanece como una ficción regulativa, pero necesaria, para indicar un responsable del actuar. La cualidad aérea que Nietzsche atribuye al individuo —o a los individuos mejores— se diferencia del individualismo romántico y del individualismo cerrado de Stirner y parece indicar, según Andolfi, una pervivencia de lo sagrado como vinculación a la humanidad.

La concepción que Nietzsche tiene de la literatura y su ilustración práctica fue el contenido de la conferencia de Andrés Sánchez Pascual: «Nietzsche y la literatura». Desde sus conocimientos como traductor de obras de Nietzsche, Sánchez Pascual reconoce en la fórmula «Gran estilo» lo que el filósofo sajón entiende por estética literaria. «Gran estilo» alude a la serenidad preñada de fuerza y no a la falsa fuerza o grandilocuencia. Por eso, mientras que Wagner azoga a las masas con lo colosal, lo masivo y gigantesco, el estilo más propio de Nietzsche es el que gusta de hablar bajo, para buenos entendedores. «Grande» (*groß*) sería exactamente lo contrario de «grandioso» (*großartig*). Y he aquí que la creación literaria de Nietzsche tiende a «mediterraneizar» la lengua que nació del pecho vehemente de Lutero.

La última de las conferencias, sobre «Nietzsche y la metafísica», estuvo a cargo del profesor bonaerense Juan Luis Verma, de la Universidad de las Islas Baleares. ¿Qué entiende Nietzsche por metafísica? Más que una inversión —el platonismo invertido que él se atribuye—, la supresión de la mutua imbricación entre mundo verdadero y mundo aparente. Nietzsche afirma que con el mundo verdadero hemos eliminado también el aparente, acaso porque esa apariencialidad ya estaba concebida bajo el signo o sombra de un mundo verdadero. Al mismo tiempo, Nietzsche declara que la única realidad de las cosas es la apariencia. Esta apariencia viva, nos dice el profesor Verma, ha de entenderse como aquella que no tiene opuesto, sino que incluye a los opuestos y depende, en su realidad, de nuestra perspectiva. El trasvase entre apariencialidad y apariencia viva es constante en la obra de Nietzsche.

La apretada relación de estas cuatro conferencias no quiere restar méritos a las comunicaciones presentadas y discutidas, algunas de notable altura. En número de ocho, se distribuyeron en dos sesiones: «Nietzsche y la metafísica» y «Nietzsche: la religión y la literatura». El texto de las comunicaciones y de las conferencias aparecerá en la revista Taula el próximo año.

Una mención especial requiere la iniciativa de los organizadores al presentarnos en vivo la música de Nietzsche, lo que probablemente constituye una primicia en España. Desde su primera composición, un oratorio de Navidad, hasta lo que Nietzsche quiso que fuese su testamento musical, el *Hymnus an das Leben*, los participantes tuvimos ocasión de asistir a una interpretación de varias piezas para piano y para piano y voces.

Desde estas páginas animamos a los organizadores a cumplir su anuncio de convocar de nuevo este foro para la reflexión y el debate en años sucesivos. Y que así nos ayuden a aquilatar el pensamiento más allá de la visión periodística de los problemas. Porque, como decía Nietzsche, «solamente en el mercado le asaltan a uno con un “¿sí o no?”».

La Filosofía ante la encrucijada de la Nueva Europa (Reflexiones para después de un congreso)

La Crónica de las I Jornadas de *Diálogo Filosófico* ya ha sido hecha y publicada. Aquí y ahora se trata sólo de una brevísima reflexión personal que toma como punto de arranque, como pretexto incitador, algunas de las ideas allí vertidas, las cuales encierran en sí mismas, pensamos nosotros, una fructífera carga dinamizadora.

Los hombres de nuestro tiempo, los europeos de hoy día no estamos ya en la encrucijada: *estamos a la intemperie*. Sin techo común que nos ampare, sin horizonte que nos arrastre, sin ideal o valor que nos ilumine, caminamos a la deriva como sangrantes Edipos con las cuencas vacías.

Sin embargo, Europa no puede aceptar ser un mero nombre vacío de contenido, sino que debe aspirar a ser una patria común; no puede identificarse con una bella, pero huera, palabra, sino que debe simbolizar, orgullosamente, el largo caminar de la razón hacia la conquista de la libertad y la dignidad, el ejemplo vivo e inmarcesible en el que se miren los demás pueblos del mundo.

Europa debe ser imaginada, pergeñada, construida por los europeos en meditación permanente y solidaria. Somos lo que somos por referencia a los demás, por lo que hemos de evitar la desmembración y el aislamiento. El *logos* griego, en fructífera dialéctica con la *virtus* romana, la *caritas* cristiana, la *humanitas* renacentista, la *rationalitas* ilustrada, la *vida impregnada de razón* orteguiana..., han ido tejiendo nuestro más genuino entramado histórico, y no podemos renunciar a ninguno de nuestros ancestros.

Solía decir Unamuno que si, profundizamos en las cosas, observamos que *lo universal y lo individual casi siempre coinciden*. No hay oposición en sentirse español, inglés o francés, y comprender, además, que todos pertenecemos a esa realidad histórica llamada Europa, crisol de siglos, contraluz de vivencias, síntesis abigarrada de conquistas y fracasos.

Pero, por otra parte, y ciñéndonos ahora a nuestro pueblo, ¿qué proyecto de futuro van a construir los jóvenes españoles, si se les quiere eliminar todo conocimiento de su pasado europeo? ¿Cómo se puede saber a dónde debemos ir, si se desprecia lo que somos y lo que hemos sido? ¿Cómo se puede exigir educación en los valores, si estamos cortando las raíces vigorosas de aquellos hombres privilegiados que dedicaron sus vidas a profundizar sobre la verdad, el bien y la virtud? Escribe Goethe: «Quien de tres milenios no sepa darse cuenta, permanezca en lo oscuro, inexperto, torpe, y viva siempre encadenado al día de hoy».

¿Cómo se puede decidir irresponsablemente desde un sillón, «a golpe de *tipex*», que en el bagaje cultural y vital de un ciudadano español, sea médico, ingeniero, comerciante o cantautor, no aparezcan aquellas mentes magníficas, personalidades poderosas que ha ido iluminando con su reflexión racional y libren los senderos de la historia y de la vida, que se han ido pasando el testigo de la filosofía y de la ciencia, que nos han prestado sus anchos hombros para que nosotros, pigmeos de cada día, oteemos el futuro con cierta esperanza?

Y no estamos defendiendo una vuelta estéril y repetitiva al «osario de ideas momificadas» de otros tiempos, sino que abogamos por la capacidad de reflexión, por la conquista de la autonomía moral, por la educación en los valores personales y comunitarios, por el rigor metodológico y científico, por la profundización en los grandes problemas...; en definitiva, abogamos por la insondable riqueza

espiritual que los grandes pensadores de todas las épocas siguen ofreciendo a la humanidad. Porque hay muchos españoles (¿miedo al pensamiento libre?) que no se quieren enterar de que entre sus *vivencias religiosas* y el *conocimiento científico-técnico* debe aparecer con todo su vigor la *racionalidad filosófica*, lejos, por igual, de las creencias personales, como de los reduccionismos científicos y cuantificadores: *La filosofía habla fundamentalmente del sentido total de la vida, y eso es definitivo...*

«¡Muerte a la filosofía! ¡Decapitemos el pensamiento!», resuenan las voces de los sepultureros nominalistas e informatizados. Y no saben ellos que eso es como querer prohibir la brisa al atardecer, la lluvia en la montaña, el rumor de las olas en cada ocaso; no saben estos pobres diablos que en cualquier rincón de España, cualquier día, muchos días, inevitablemente, alguien leerá a Platón y «se hará de nuevo la luz en medio de la caverna».

«Languidecen en España los mejores talentos», escribía apesadumbrado D. Miguel de Unamuno, «por falta de ambiente...», por falta de apoyo social, como no se sostiene la elevada cumbre de una pirámide si es pequeña su base de sustentación. ¡Triste país este, en donde los ladrones, corruptos, vividores y oportunistas se mueven a sus anchas, en donde el «deber ser» se quiere difuminar en «lo que hay», en donde toda la filosofía en vigor se puede resumir en la frase que escuché a un prohombre de la patria: «Es casi seguro que la *filosofía* de Roldán al huir de España es diferente a la de Rubio en sus últimas declaraciones.» (!)

En esta encrucijada preocupante, *¿qué puede aportar hoy la Filosofía al proyecto español y europeo?*

En palabras de Adela Cortina: «Desde los griegos, la marca está registrada: *La Filosofía debe mejorar la conducta de los hombres*». Ni más, ni menos. Si observamos el caos económico-social que, tras la caída del marxismo, se enseorea de los países del este, en donde, como muestra de la situación, pululan por las calles de Moscú miles de niños asilvestrados, delincuentes efectivos; si observamos la masacre de «lesa humanidad» que se está produciendo en la antigua Yugoslavia; si percibimos el insostenible hedor que sube, pestilente, desde las cloacas del dinero y la corrupción del neo-capitalismo occidental, no tenemos otra solución que *volver a las prístinas fuentes de la reflexión filosófica, para impregnar así la política y la sociedad de responsabilidad ética y de compromiso comunitario*.

Frente a la xenofobia, al desprecio, a la marginación que contemplamos, *es un hecho evidente que caminamos hacia el mestizaje, hacia la intercomunicación de razas y pueblos*. Como afirmaba metafóricamente Carlos Díaz en nuestras Jornadas «La Filosofía ante la encrucijada de la Nueva Europa», «no valen ni *Atenas*, ni *Jerusalén*, por separado; *Miami* no me interesa; la única solución está en una especie de *Florenia renacentista, Eutopía integradora* de todos los valores existentes».

A Europa le sobra ciencia, pero le falta sabiduría, le sobra técnica, pero le faltan ideales, le sobran políticos sofistas, pero le faltan personas que sepan a dónde hay que dirigir la platónica barca del Estado: «Lo importante», decía Sócrates, «no es vivir o morir, sino vivir justamente para poder morir con dignidad... Peor es causar el mal a los demás que padecerlo uno mismo».

La filosofía, la ética (como parte fundamental de ella) deben bajar al ruedo, a la plaza pública, al cine y al teatro, a la televisión y al periódico, para hablar a esos europeos que, en palabras de Ortega, «están cansados de la función de esperar», dándoles «el verdadero sentido de la realidad, que es libertad, que es solidaridad, para evitar así las fuentes de la angustia».

Sólo una verdadera democracia puede permitir el uso de la razón y la filosofía. Las falsas democracias, disfrazadas, no soportan el ilustrado «sapere aude» («atrévete a pensar»), ni la claridad cegadora y equilibradora de la reflexión libre.

«El filósofo», escribe Husserl, «es el funcionario de la humanidad; su misión es la humanización del hombre... Él lucha contra el uso alienante de la ciencia para así reconquistar el significado del hombre, de su sociedad, de su historia... La filosofía debe ejercer constantemente en el ser de la humanidad la función de ser rectora permanente».

¿A quién puede molestarle tan nobles objetivos? ¿No será que, como recordaba Ganivet, «la restauración de nuestras fuerzas exige... *una subordinación absoluta de la actividad a la inteligencia, a la razón, a la cabeza...*, y estas importantes facultades nos faltan desde hace mucho tiempo?»

Esperemos que no sea definitivamente así, y podamos llevar a nuestros jóvenes, como se dice en las orteguianas *Meditaciones del Quijote*, de cuyo nacimiento celebramos ahora el 80 aniversario, «*el amor intelectual a la Verdad, nuevas facetas de sensibilidad moral, una patriótica preocupación de redimir a España, ese promontorio espiritual de Europa que cuando deja de ser dinámica y creativa cae de golpe en un hondísimo letargo y no ejerce más función vital que la de soñar que vive*».

Si, a pesar de todo, a pesar de los enanos de la nada, de los contorsionistas de la superficialidad, de los maquinistas del simple dato desarrollista, conseguimos no apagar en nosotros la llama de una búsqueda filosófica armonizadora, interdisciplinar, fundamentadora, que dé sentido a la ciencia y a la vida, entonces el futuro está garantizado. Tendremos los españoles, en esas circunstancias, el derecho a la esperanza en una elevación de la altura moral de nuestra nación, y construiremos así una Europa más racional y solidaria, un mundo más humanizado y feliz.

José L. Rozalén Medina

Religión y política en el mundo contemporáneo

Universidad Internacional Menéndez Pelayo
Santander, 25 al 29 de julio, 1994

Las principales conclusiones del seminario fueron las siguientes:

(A) El hombre es un ser por naturaleza religioso, otra cuestión es analizar a qué llamamos religión o lo sagrado. Esta fue una de las cuestiones que trató el profesor José Alberto Prades: «Hombre ecológico, hombre religioso».

(B) Se puso de manifiesto la necesidad del estudio sociológico del hecho religioso. Esta fue la razón de ser del seminario, así como la labor que están realizando los profesores Salvador Giner, Rafael Díaz-Salazar y Fernando Velasco entre otros.

Con ser tan religiosa la historia y sociedad de este país, hay pocos estudiosos

de este campo. La razón de este olvido es la postura de reacción de los laicistas extremos frente al predominio de los confesionalistas en la historia de este país. Todavía no se ha superado esta primera fase, que en otros países está superada.

Como demostró Fernando Velasco en su ponencia «El fundamentalismo católico y la modernización política en España», el papel de la iglesia católica estuvo vinculado a las fuerzas más reaccionarias e integristas. Pero, con ser cierto, la influencia de la religión católica, en concreto de algunos sectores, no fue tan retrógrada e integrista; como reflejó Rafael Díaz-Salazar («Sistema democrático y religión institucional en España»), la acción de las comunidades de base cristianas (como la HOAC, JOC, entre otras) se destacaron por su lucha por la democracia y como «productores» de socialismo, así como en el nacimiento de organizaciones sindicales como la USO o CCOO. Estos hechos también demuestran que la tesis de E. Durkheim sobre la desaparición del papel de las iglesias o religiones en el campo político no es cierta.

(C) Se constata una vuelta de lo sagrado (el filósofo Leszek Kolakowski, habla de la venganza de lo sagrado en la ciudad secular), pero habría que matizarlo bastante.

Por una parte hay una vuelta de los fundamentalismos o integristismos como los procedentes del Islam (esta fue la ponencia de Javier Valenzuela, director adjunto de EL PAÍS: «El Islam, una religión política»). Siempre que una institución crea tener el monopolio ético-cultural, esa institución elaborará una teoría fundamentalista (p.ej. el maoísmo, el marxismo-leninismo, el nacional-catolicismo). En toda sociedad pluralista se da una lucha por la hegemonía cultural, hay una lucha por desplazar a los competidores (esto es lo que intenta el PSOE en el sector de la enseñanza).

En las sociedades islámicas no ha habido procesos como la modernización y de secularización, como ha ocurrido en Occidente. Ésta es una de las claves para entender los integristismos islámicos. Pero, como demostró José Casanova en «Religiones públicas y sociedad civil en Occidente», las tesis secularizadoras sostienen lo siguiente: 1. Separación o diferenciación entre lo sagrado y lo profano; 2. Declive de la religión en el mundo contemporáneo; 3. Privatización de la religión (ámbito personal).

La 1. sigue siendo válida, no así la 2. y 3. La religión ha retornado al ámbito público en las sociedades modernas. El autor describe la esfera de lo político en tres niveles: a. Estado; b. Sociedad política (partidos políticos); c. Sociedad civil.

En el nivel a. la religión no tiene razón de ser en las sociedades modernas (principio de no confesionalidad del Estado). Hacerlo confesional es ir en contra de los principios de la sociedad moderna. La iglesia católica acepta esta autonomía entre el Estado y la Iglesia (Concilio Vaticano II). Acepta también la libertad religiosa. A partir de esto, puede fomentar procesos democráticos como el caso de España, Polonia, Corea del Sur, Filipinas, Brasil, etc.

La iglesia no entra tampoco en la sociedad política creando un partido cristiano (pese a algunos intentos). Pero esto no significa que la religión abandone la esfera de lo político; interviene en el nivel 3. de la sociedad civil.

Frente a la tesis de la privatización de la religión propia de la teoría de la secularización, el autor propone la teoría de la desprivatización de la religión (emergencia de la religión en la esfera pública en las sociedades modernas).

En España, el problema es que falta por construir el terreno de la laicidad. ¿Qué se entiende por laicidad? En palabras de Rafael Díaz-Salazar, la cultura del contagio (tradiciones humanistas, éticas, religiosas en pie de igualdad). Poniendo

límites a cada propuesta. Incluso en sectores agnósticos (en el seminario lo representaban Salvador Giner, Fernando Velasco, Ignacio Sotelo, entre otros) se intenta reformular una religión de la humanidad que recuperaría los valores propios de la ilustración y los derechos humanos.

En lo que se refiere al lugar público de la religión, se constata su influencia en los procesos políticos, sean reaccionarios, como los fundamentalismos, o en los progresistas y liberadores, y esto último suelen *desconocerlo* u *olvidarlo consciente* o *inconscientemente* bastantes sectores progresistas de este país. La influencia de los cristianos de izquierda en procesos de liberación o de progreso quedó patente a lo largo del seminario, además por intelectuales poco sospechosos de hacer alabanzas a la Iglesia: Angela López, «La cultura política de la teología de la liberación»; José Casanova, «Izquierda y cristianismo en Brasil: el caso del partido de los trabajadores»; Ignacio Sotelo, «Socialdemocracia y cristianismo»; Rafael Díaz-Salazar, «Izquierda y cristianismo en España».

Como final a este breve crónica, recojo algunas de las reflexiones que hace el filósofo Leszek Kolakowski (en la línea del seminario). Este autor afirma que la secularización no ha erradicado las necesidades religiosas. Ciertamente, el cristianismo se ha debilitado, pero según se ajuste a la civilización del próximo milenio, puede experimentar una renovación.

Tras confrontaciones como las de Galileo, la cristiandad aceptó la autonomía de la razón y dejó de intentar controlar la ciencia. Hostil a la noción de los derechos humanos que trae la Revolución francesa, el cristianismo la acepta y la promueve. El cristianismo ha abandonado toda propuesta teocrática.

En conjunto, la humanidad no puede librarse de la necesidad de una auto-identificación religiosa: ¿Quién soy, de dónde vengo?, ¿por qué soy responsable?, ¿qué significa mi vida?, ¿cómo me enfrento a la muerte?

Alberto Gutiérrez Martínez